



LA VOLUPTUOSIDAD DEL SILENCIO

La ausencia de sonido le da sentido al horror vacui que provoca el discurso que se apoya en la verborrea. A la vez, cuando las relaciones se vuelven silentes, tendemos a llenarlas de significados no cotejados. Imaginados, inventados, salvadores del vacío.

Doble tirón ante la presencia de lo no dicho, de lo que no puede o no debe ser nombrado.

En la escuela repetimos como un mantra esta palabra cuyo diptongo la hace trisílaba. Sin pensar, sin analizar si es requisito indispensable en todo momento.

Hay momentos de aprendizaje que no caben en el silencio. Que precisan de cierto murmullo porque éste contiene el intercambio. Aquí el mutismo selectivo se vuelve asesino.

En cambio, existen otras coyunturas donde es necesaria la quietud, la calma. Para escuchar hay que inhibir la voz propia, al menos la audible. Las propuestas que requieren concentración, también piden silencio. Aunque puede ser necesario el movimiento.

La pausa en el discurso hace deseable la continuación de la palabra. El silencio de la partitura, escrito y respetado, cambia el curso de lo predecible. Contiene la respiración. Señala algo importante.

Cuándo es precisa la palabra, cuándo el silencio, son perlas de sabiduría que comienzan su lenta cocción en la escuela. No pueden, por tanto, convertirse en un absoluto. No admiten los “*siempre*” ni los “*nuncas*” porque no ha de pedirse callar ni expresar sin antes valorar qué forma tomará el aprendizaje.

En mi simbólico han quedado lejos aquellas escuelas donde reinaba el silencio de forma tirana. No me produce simpatía esa ausencia que se presume, casi poética, en quien idolatra, per se, el silencio como única tierra fértil.

Cuando sea pertinente, silencio. Cuando la palabra sea necesaria, hablemos.